

MEMORIA

ALEJANDRO MIRAS ANDÚJAR

FILOLOGÍA HISPÁNICA

Una amiga mía escribió en internet: «En el primer año de Columbia sólo se dedican a leer a los clásicos grecolatinos ¿Por qué? Porque lo más importante antes de comenzar el estudio de una materia es saber cómo razonar». Pienso que saber razonar es lo que le ha faltado transmitir a esta carrera. No digo que no nos haya enseñado a razonar nada, pero sí que he echado en falta que las ideas y las opiniones recorrieran más mi materia gris.

Claro que ha habido asignaturas en las que hemos aprendido a razonar, como «Análisis crítico del discurso», «Creación literaria», «Teorías literarias femeninas en España» o «Literatura Hispanoamericana», pero también ha habido muchas otras donde lo que primaba era la regia disciplina de llevar leído un texto a clase y leer lo que decía tal o cual manual de él, sin que el alumno tuviera apenas la opción de expresar lo que el texto le había susurrado al oído.

También he echado en falta leer más libros de narrativa en la carrera. Es cierto que nuestro bagaje literario es inmenso después de haber acabado el grado, pero siento que ha faltado que llevásemos ciertos libros o pasajes de estos leídos a clase y que el profesor abriera turnos para debatir el fragmento o el libro entero. Pienso que así es como de verdad se aprende a pensar después de leer un libro y, también, como de verdad se aprende a leer.

Una vez, un profesor nos hizo la típica pregunta de por qué habíamos escogido esa carrera. Harto de poner siempre lo mismo, hice funcionar el órgano-músculo que tenemos sobre los hombros y puse lo siguiente: «Elegí esta carrera porque necesitaba una buena excusa para llevar más libros a casa y que mi madre no se enfadara». Si alguien estudia alguna filología, la que sea, debe tener una condición indispensable: amar los libros. Muchos han sido los compañeros de clase que han abandonado la carrera porque no amaban los libros de la forma en que un filólogo debe hacerlo. «Filología» significa «amor por la palabra» y esta está expresada principalmente en libros, pues no hay grabaciones de los discursos de Platón o Aristóteles. La palabra se encuentra perenne en los libros, en los manuales, en los doscientos y pico tomos de una enciclopedia, y un buen filólogo debe amar los libros por encima de todo.

También pienso que muchos profesores deberían abrir sus mentes y dejar que las ideas frescas de los alumnos hicieran cambiar algunos métodos de clase ya obsoletos. El alumno muchas veces necesita dinamismo, necesita referencias contemporáneas, aunque sin olvidar, claro está, las referencias clásicas. El profesor debería ser un compañero de clase más, manteniendo, claro está, su jerarquía, pero invitando a que el alumno pudiera hablar con él y participar en clase sin miedo a que el profesor se enfadara por la poca base que tiene la idea que ha expuesto.

Por último, me gustaría que muchas asignaturas fueran anuales, pues en un cuatrimestre resulta casi imposible dar toda la literatura hispanoamericana del siglo XX, por ejemplo, o conocer la vida y obra de los autores de la generación del 98, del 27 o del 50. También me ha faltado dar Siglo de Oro. Las circunstancias tampoco ayudaron mucho a que mi promoción conociera el siglo de Cervantes, pero creo que la Facultad debería ser rápida y eficaz para resolver este tipo de problemas, pues parece casi un chiste que un filólogo no conozca el Siglo de Oro.

Pienso que lo que más valoro de esta carrera es la semilla que ha plantado en todos los que amamos la literatura. Es muy difícil que expliquen toda la literatura desde que se inventó la escritura hasta los tiempos contemporáneos. Sin embargo, el que tiene ese afán por leer y saber ha ido anotando, a lo largo de la carrera, autores, obras y conferencias muy interesantes que, sin duda, aumentarán el bagaje lingüístico y literario a lo largo de su vida. Todos los graduados deberían salir de la carrera con la locura de Don Quijote bien inmersa en su alma para luchar con todos aquellos gigantes que quieren colocar a la literatura y al conocimiento en un segundo plano, denostando el arma más poderosa que fue dada al hombre: la palabra.